

EL ÁGORA



José Antonio Zarzalejos

Hegemonía nacionalista

No tiene un pase que Fernando Savater tenga dificultades para presentar alguno de sus libros en Barcelona o que no fuese posible localizar un espacio para exponer en la Ciudad Condal la muestra *1714, trescientos años de paz*, apadrinada por la Fundación Carlos de Amberes. Según la editora Myriam Tey había “miedo a las represalias”. En este ambiente de hegemonía nacionalista la propia Tey, Francesc de Carreras, Manuel Cruz, Félix Ovejero e Ignacio Vidal-Folch, secundados por las firmas de personalidades del ámbito de la cultura como Juan Marsé, Javier Cercas, Juan Goytisolo, Laura Freixas, Nuria Amat, Oscar Tusquets, Ramón de España o Ignacio Martínez de Pisón, entre otros, han creado el Centro Libre de Arte y Cultura. El objetivo de esta iniciativa sería devolver a Barcelona su cosmopolitismo y reforzar Catalunya “como referente cultural dentro de España”. Poco tienen en común los emprendedores que han puesto manos a la obra para crear este espacio de libertad, salvo su alejamiento de las tesis independentistas y su proximidad al debate intelectual sin limitaciones.

El proceso soberanista catalán –lo he escrito muchas veces– tiene un enorme poder destructivo sobre el tejido sociopolítico y cultural de la propia Catalunya, un país plural que emergió con fuerza en los años noventa como un referente de todo lo contrario a lo que ahora denuncian los cinco fundadores del Centro Libre de Arte y Cultura. Barcelona fue durante muchísimos años un auténtico desiderátum en los ambientes culturales, una ciudad de culto, un ámbito de espontaneidad y vanguardia. No lo había sido antes. En un artículo que aún se recuerda, titulado “Barcelona es el *Titanic*” (*El País*), el catedrático y escritor barcelonés Félix de Azúa denunciaba, nada menos que en mayo de 1982, que la ciudad estaba yéndose “a pique” porque, entre otras cosas, “esa insoportable

ñoñería que los forasteros llaman *seny* (...) está acabando con la ironía que es la única virtud del pueblo catalán que ha dado muestras de verdadero talento: la ironía es lo vivificante de Pla, de Foix, de Carner, de Brossa, de Ferrater, y corto porque me pongo pesado”. He coincidido recientemente con Félix de Azúa en Madrid: vive muy satisfecho en la capital y parece encontrarse en un momento de brillante capacidad dialéctica.

Como acaba de escribir mi buen

oficiales. Discrepar de ellas comporta casi siempre una suerte de segregación silente pero efectiva. Por fortuna, la pluralidad catalana parece estar comenzando a echar un pulso al secesionismo que, como buen populismo, presenta unos síntomas impositivos preocupantes.

El Centro Libre de Arte y Cultura no tiene nada que ver con Sociedad Civil Catalana, ni con la plataforma de empresarios que ha surgido al calor de aquella, pero constituye otra rebeldía contra la estandarización oficial que trata de imponerse con mayor o menor sutileza. Por eso es tan importante que se haya reconocido al suplemento *Cultura/s* de *La Vanguardia* con el Premio Nacional al fomento de la lectura. Los Reyes entregaron el lunes a su director, Sergio Vila-Sanjuán, un galardón que el innombrable José Ignacio Wert glosó con acierto: “Más allá de ser un difusor de calidad con personalidad propia, se ha consolidado como motor de creación de gran dinamismo y ha sabido facilitar la aparición de nuevos espacios culturales llenos de vitalidad”. Justas palabras para un estupendo su-

plemento cultural que, con otros y con el propio periódico, hacen que este diario en Madrid continúe siendo –pese a no pocas críticas– un referente de la más auténtica de las Catalunyas. Porque acoge a todos.

Pero hay que tener cuidado porque el provincianismo es expansivo: no tiene otra exigencia que el reduccionismo y la simplificación. Y el nacionalismo militante, ese que lo es hasta en lo que por naturaleza debería quedar arrumbado –el hecho cultural, sea cual fuere– es asustadizo de lo creativo, de lo irreverente, de lo distante y de lo distinto. Acoger con satisfacción –y no poco alivio– expresiones cívicas como el Centro Libre de Arte y Cultura es casi un imperativo democrático después de tanto mantra tan políticamente correcto como intolerablemente impuesto.●



ANNA PARINI

La pluralidad catalana le está echando un pulso al secesionismo con síntomas impositivos

amigo Adolfo García Ortega, el miedo engendra abusos. El nacionalismo se suele mostrar temeroso de la cultura libre, del debate abierto y del racionalismo discursivo. Tiende a la épica hiperbólica y simplista (“Espanya contra Catalunya”, aquel simposio de finales del 2013 como pórtico del Tricentenario de 1714 ha sido el más aborronante ejemplo de sectarismo histórico y, por lo tanto, también cultural), a la imposición del silencio y a la conformación de tesis canónicas que son las

Garicano y Conthe

Si Podemos puso nombre a su programa económico con Vicenç Navarro y Juan Torres, Ciudadans-Ciudadanos (hay que poner ambas denominaciones para que el señor Floriano tenga claro que es una formación tan catalana como española, o española por catalana, según su propia definición) han optado por dos economistas de gran nombre y reputación. Luis Garicano, de formación anglosajona, social-liberal, y el socialdemócrata y hombre que tiene fama de íntegro y de peculiar Manuel Conthe. Llenaron el Círculo de Bellas de Madrid y tuvieron éxito de crítica aunque de ambos se esperan ahora las propuestas fiscales luego de que las sociales hayan caído bien y resulten coherentes con la imagen –muy al alza– del partido de Rivera, que va de éxito en éxito.

Rajoy y Sánchez

Para Mariano Rajoy el debate sobre el estado de la nación del martes y el miércoles será el último de la legislatura. Para Sánchez, el primero. Habrá un enfrentamiento entre experiencia y juventud; entre presidente y aspirante a serlo; entre el político que se acerca a los sesenta y el cuarentón; entre el que trata de retener y el que trata de lograr. Ese es el único aliciente de un debate parlamentario que, al producirse en fechas pre-electorales, será de agitación y propaganda. Veremos por dónde opta Rajoy, si por poner en valor lo hecho o en descalificar a la oposición. Y veremos si Sánchez opta por airear sus propuestas o por restar valor a la gestión del Gobierno. En todo caso, el choque dialéctico no resulta en absoluto apasionante.

Glòria Serra



Ganancia de pescadores

Albert Rivera, estrella emergente de la política española, ha cometido un desliz monumental. Copiando el símil utilizado en África por muchos oenegés, ha dicho que cuando Ciudadanos llegue al Gobierno andaluz no repartirá pescado sino que enseñará a pescar a todo el mundo o dejará que la gente tenga en casa su caña de pescar. Ni que decir tiene que ha tenido que recular y dar explicaciones por una afirmación tan paternalista y tópica.

Con todo, en el trasfondo está la vieja definición de Andalucía como la comunidad subvencionada por excelencia, subvención que serviría para comprar las voluntades de sus electores. El famoso voto cautivo que casi siempre aparece en las campañas electorales. No ayuda a disipar esta definición simplista el que, entre otros sumarios similares, esté el del escándalo del fraude con las subvenciones a los ERE que llevará a declarar al Tribunal Supremo a los dos expresidentes socialistas, Chaves y Griñán, y a tres consejeros.

Con su permiso, me voy a meter en este pantano. Lo hago cargando el peso de la historia familiar, con unos bisabuelos que tuvieron que abandonar unas tierras que

Sería mejor señalar a los que prefieren a los andaluces hartos de pescaíto antes que permitirles ir a pescar

sólo les daban miseria en Almería para aterrizar en la prodigiosa Catalunya de la Exposición Universal de 1929.

La emigración es una sangría que ha devastado Andalucía privándola de generaciones enteras de ciudadanos amargados y desesperados por la pobreza y la explotación. De la misma manera que los catalanes no somos tan agarrados como nos pinta el tópico, los andaluces no son los gandules que se quiere retratar. Al menos no lo son los centenares de miles que han ayudado a hacer grande Catalunya y que lo continúan haciendo gracias a sus hijos y nietos.

Por trabajo, visito a menudo Andalucía. Encuentro allí a muchos trabajadores, cooperativistas, empresarios... No son muy diferentes de los de aquí, si no es por su desesperación ante las trabas que les pone la administración o porque les cuesta a veces encontrar trabajadores que quieran estar asegurados para no perder alguna ayuda o subvención familiar. Y no son casos aislados. Conozco suficientes como para ver que es un problema habitual, especialmente en las zonas más interiores o con menor actividad económica. Como también es habitual escuchar que alguien ha conseguido un enchufe porque sí o porque conoce a quien hay que conocer.

No son hechos insólitos: por aquí también se dan. Y en Madrid, en Galicia, en Murcia... Quizá la diferencia esté en la cantidad, teniendo en cuenta que en Andalucía viven nueve millones de personas y que algunos patrones administrativos y políticos están tan enquistados como el salmorejo y el fino.

¿Que adónde quiero ir a parar? Pues a que es insultante definir a los andaluces como una panda de analfabetos que no saben pescar con la cantidad de pescado que han metido durante décadas en las redes catalanas. ¡Basta ya! Sería más conveniente señalar a aquellos, muchos y de todos los colores, que prefieren a los andaluces hartos de pescaíto antes que permitirles ir a pescar.●